

DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

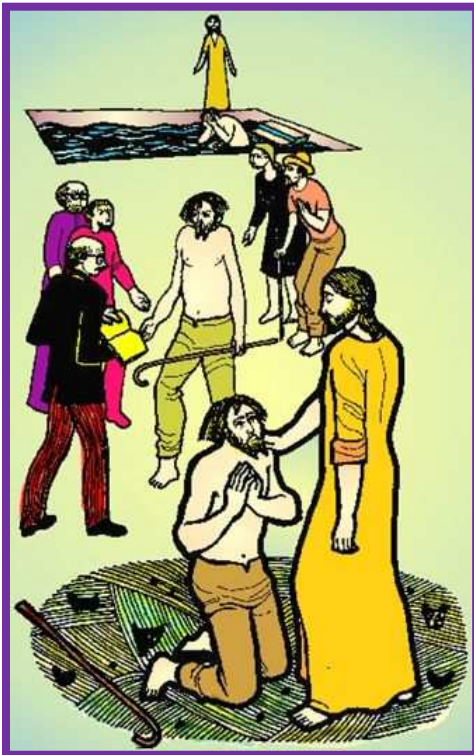
1ª lectura (1ª Samuel 16, 1b.6-7.10-13a): *Levántate y úngelo de parte del Señor.*

Salmo (22, 1b-3a.3b-4.5. 6): *«El Señor es mi pastor, nada me falta»*

2ª lectura (Efesios 5, 8-14): *Ahora, sois luz por el Señor.*

Evangelio (Juan 9, 1-41): *Me puso barro en los ojos, me lavé y veo.*

Samuel era profeta y también juez de Israel. Es decir, él era la persona que, animada por el Espíritu, tenía que guiar a su pueblo en un tiempo difícil. Pero Samuel no era solo un “*hombre del pueblo y para el pueblo*”; era ante todo un hombre de Dios. El pueblo veía a su alrededor otras naciones dirigidas por reyes y, le pide a Samuel, insistentemente, que le dé un rey. Samuel ora y se queja ante Dios: “*Dales un rey... no es a ti a quien rechazan, sino a mí*” y de manera un poco extraña, Israel consigue su primer rey en la persona de Saúl. Pero el romance entre el rey y el pueblo duró muy poco. Había que buscar a alguien mejor y, así, Samuel, que no quería ungir ni al primer rey, tuvo que ir también a ungir al segundo. El Señor le hace saber que ese rey tiene que salir de la casa de Jesé, y hacia allí dirige el profeta sus pasos.



Ya en la casa de Jesé, comienza la “*pasarela*” de los ocho hijos. Rápidamente, el viejo profeta se entusiasma con el mayor, Eliab, pero Dios le dice: «*Yo miro los corazones, y tú, ¿qué ves?... Samuel, te dejaste impresionar por el aspecto, te fijas en las apariencias... Yo miro los corazones*». Así pasaron uno tras otro. Hubo que esperar al más pequeño: David. ¡*Ese es, úngelo!* Samuel, miraba las apariencias; el Señor miró el corazón.

Cuántas veces hemos escuchado, incluso nosotros lo hemos dicho en alguna ocasión, “*esto siempre ha sido así*”. Lo que hemos pensado menos veces es: cuándo se empezó a hacer de esa manera. Y nunca, o casi nunca, comentamos cuáles fueron los motivos que llevaron a hacerlo de esa forma. Podemos caer en la cuenta de que en nuestra propia vida hay cosas que las hacemos siempre de la misma manera, con el mismo ritmo y con el mismo orden. Y, sin embargo, hay otras que las hemos ido cambiando: unas porque nos lo hemos propuesto y otras porque las circunstancias nos las han hecho cambiar.

«*Maestro, quién pecó: ¿este o sus padres, para que naciera ciego?*» le dicen a Jesús sus discípulos: “*Algo ha tenido que hacer mal, él o sus padres, para encontrarse en esa situación*”. Eso pensamos la mayoría de las personas cuando miramos las cosas por fuera, y no nos preguntamos más allá de una mirada superficial. Jesús dice a sus discípulos cual va a ser el final del proceso que van a vivir, conjuntamente, él y el ciego: nacimiento, tarea obligada (pedir limosna), obedecer el mandato de Jesús, empezar a ver, primeras dificultades con los vecinos, diálogo con las autoridades, encuentro personal con Jesús y confesión de fe.

Lo que ha sido de una manera y empieza a ser de otra, no nos cabe en la cabeza. Así es la mirada de los fariseos y así es también la nuestra en ocasiones; sobre todo, si la nueva manera nos conduce a tener que cambiar muchas cosas a las que estamos acostumbrados o acomodados. Jesús a los fariseos los llama ciegos, de esos de *“no hay mayor ciego que el que no quiere ver”*. No aceptan la novedad de Jesús que, con la luz, que es Él mismo, nos ayuda a ir viendo el camino que nos lleva a la confesión de la fe con los labios y a ahondar esa fe en nuestro corazón.

Cuando la otra persona es diferente a la que nosotros conocimos, nos sucede como a los padres del ciego de nacimiento: *“cuando él vivía con nosotros era (estaba) ciego; ahora vive (está) por su cuenta y parece que tiene otra manera de ver la vida”*. A Jesús le parece que no es suficiente con ese cambio: *«Yo era ciego y ahora veo»*. El ciego, y nosotros también, necesitamos seguir manteniendo relación con personas que nos conocieron de una manera y ahora nos ven de otra; así los ayudamos a descubrir que los cambios son necesarios, sobre todo si son libres y no impuestos.

El ciego, prosigue ahondando en su visión y no solo disfrutando de su vista. Él había dicho antes que quien lo curó era *«ese hombre que se llama Jesús»*, pero ante la insistencia de los fariseos, va más lejos, así que ahora declara que él piensa que Jesús *“es un profeta”*. Por último, el ciego, ya ante Jesús, su visión llegará aún más lejos... Jesús le pregunta: *«¿Crees en el Hijo del hombre?»*. Y el evangelista concluye recordando la confesión de fe y el gesto de adoración del que ya ha sido curado.

Jesús apuesta por los avances que las personas vamos haciendo a lo largo de toda nuestra vida y nos ayuda a ir superando las dificultades que vamos encontrando a la hora de tomar decisiones, de hacernos entender por otras personas y hacernos presentes en la vida de cada día con los demás. Él no trata de ahuyentarnos ni de infundirnos miedo; muy al contrario, está sumamente interesado en nuestra mirada, pues de lo que *“veamos”* depende mucho el rumbo que vamos a ir tomando en nuestra vida y las decisiones con las que vamos a ir avanzando.

Todos fuimos tinieblas, pero algunos hemos decidido aceptar el don de Dios y, unidos al Señor, ahora somos luz. Como hijos de la luz, no solo aprendemos a ver al modo divino, no fijándonos solo en las apariencias, sino en el corazón. Además, sabemos que, estamos llamados a producir frutos de la luz: bondad, santidad y verdad. La vocación de la luz es hacer posible que los demás vean. Fuimos iluminados y ahora nos toca iluminar.

Hermano, y tú, ¿qué ves? *“Despierta, tú que duermes; levántate de entre los muertos y Cristo será tu luz”*.